

EL CUMPLIMIENTO DE LA
PALABRA DE DIOS EN
JESUCRISTO EN LAS
BIENAVENTURANZAS
DE S. MATEO

Eleuterio Fernández Guzmán
Catequista y Licenciado en Derecho

EL CUMPLIMIENTO DE LA PALABRA DE DIOS
EN JESUCRISTO EN LAS BIENAVENTURANZAS DE S. MATEO¹

Eleuterio Fernández Guzmán
Catequista y Licenciado en Derecho

0.- Introducción

1.- Bienaventuranzas y cumplimiento.

2.- Conclusión.

0.- INTRODUCCIÓN

El Evangelio de San Mateo se escribe para los judíos, por eso se insiste en que Jesús es el Mesías profetizado en el Antiguo Testamento. Con estas palabras Jorge Loring² establece lo que viene a ser la idea fundamental en la exposición que sigue: que, como Mesías verdadero y esperado por tantas generaciones, ha de cumplir la palabra de Dios y será “fuego” que arrase con el pasado para dar cumplimiento a la voluntad de quien lo envió, de quien se encarnó. Y esto es de tal importancia que, por básico, no podemos de dejar de considerarlo como idea troncal en los Evangelios, lo que supondría que las enseñanzas de Cristo recogidas en esta Buena Noticia pasan, en mucho, por ser algo más que acotaciones a la Palabra de Dios. Son, por decirlo pronto, la misma Palabra de Dios hecha carne, que viene

para ser cumplida, que a través de la intervención del Hijo, podemos considerarla propia del Padre.

Las palabras que Cristo pronunció a lo largo de su vida pública suscitaron no sólo esperanza entre sus oyentes sino, en muchas ocasiones, resquemor entre los partidarios del cumplimiento de una tradición secular. Mientras muchos de sus contemporáneos veían, en su doctrina, llegada la plenitud de los tiempos prometida por los profetas, otros (probablemente en mayor número y, seguro, más poderosos) se sentían atacados en sus creencias y veían como, de seguir predicando Jesús y prolongado su encuentro con los creyentes, ellos acabarían siendo despreciados por sus hermanos de fe.

Sin embargo, el Enviado, Hijo del Padre Eterno, tenía una misión que debía de cumplir y que, a sabiendas del destino que le esperaba, llevó a cabo con la siembra de la buena doctrina, la que le había transmitido Dios mismo.

Como es fácil comprender, el tiempo, que todo lo puede llegar a cambiar, modificó el sentido exacto de la voluntad divina y procuró, en manos interesadas, que quienes debían ser guardianes celosos de la fe convirtieran a ésta en instrumento de un interés propio y, que bien podemos llamar, egoísta.

¿Acaso no conocía Jesús que, con la difusión de la Verdad, no iba a manifestar sino oposición al devenir de su tiempo? Naturalmente que, como Dios encarnado, Cristo no dudaba sobre el fin de lo que sostenía ni, por eso mismo, se mostraba tibio ante el esfuerzo que tenía que llevar a cabo. Seguro que era sabedor que eso suponía romper con las inercias a las que había llevado el entendimiento de la

Ley de Dios como un supuesto básicamente formalista que acababa en su misma forma, exteriorizando una concepción de la fe de rígido quehacer y haciendo imposible la correcta comprensión de la misma. Su labor era, fundamentalmente, la de sembrar en un campo, precisamente, no muy preparado para dejar que el Espíritu Santo hiciera su trabajo: ablandar los corazones de quienes le escuchaban, mudasen la concepción del mundo que tenían y fueran, *ex post*, apóstoles de la Verdad en sus inmediaciones o en la lejanía.

S. Mateo, que contempla a Cristo como gran *Maestro de la Palabra de Dios*, recoge, en las 5 partes de que consta su Evangelio, la manifestación, por parte del Hijo, del verdadero significado de aquella, siendo el conocido como **Sermón de la Montaña** (al que en su momento se hará referencia) el paradigma de esa doctrina divina que Cristo viene a recordar para que sea recuperada por sus descarriados descendientes.

*No creáis que vengo a suprimir la Ley o los Profetas*³. Con estas palabras, Mateo recoge con claridad la misión de Cristo: no ha sido enviado para cambiar una norma por otra. Es más, insiste en que *no he venido a suprimirla, sino a darle su forma definitiva*⁴. Estas frases, que se enmarcan en los versículos 17 al 20 del Capítulo 5 del citado evangelista recogen, en conjunto, una explicación meridianamente entendible de la voluntad de Jesús. Bien está que los transcribamos para no tener que remitir a las fuentes y facilitar la labor:

No creáis que yo he venido a suprimir la Ley o los Profetas. No he venido a suprimirla, sino a darle su forma definitiva. Os

aseguro que antes cambiarán el cielo y la tierra que una coma de la Ley: todo se cumplirá. Por lo tanto, el que deje de cumplir uno de los mandamientos de la Ley, por insignificante que parezca, y enseñe a los hombres a desobedecerlo, será el más pequeño en el Reino de los cielos; al contrario, el que los cumpla y los enseñe, será grande en el Reino de los cielos.

Porque os digo que si vuestra vida no es más perfecta que la de los maestros de la Ley de los fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos.

La causa, la Ley, ha de cumplirse. El que, actuando a contrario de la misma, omita su cumplimiento, verá como, en su estancia en el Reino de los cielos será el *más pequeño*. Pero no solo entiende como pecado el no llevar a cabo lo que la norma divina indica sino que expresa lo que podríamos denominar **colaboración con el pecado** o **incitación al pecado**: el facilitar a otro el que también caiga en tal clase de desobediencia implica, también, idéntica consecuencia. El que cumpla lo establecido tendrá gran premio.

Pero cuando Cristo comunica, con mayor implicación de cambio, la verdadera raíz de su mensaje es cuando achaca a maestros de la Ley y Fariseos, actuar de forma imperfecta, es decir, no de acuerdo con la Ley. Esto lo vemos en Mt 5, 20⁵.

Las conductas farisaicas habían dejado, a los fieles, sin el aroma a fresco del follaje cuando llueve, palabras de fe sobre el árbol que sostiene su mundo; habían incendiado y hecho perder el verdor de la primavera de la verdad, se habían ensimismado con la forma hasta dejar, lejana en el recuerdo de sus ancestros, la esencia misma de la verdadera fe. Y Cristo venía a escanciar, sobre sus corazones, un rocío de nueva vida, a dignificar una voluntad asentada en la mente del Padre, a darle el sentido fiel de lo dejado dicho.

El hombre nuevo habría de surgir de un hecho antiguo, tan antiguo como el propio Hombre y su creación por Dios y no debía tratar de hacer uso, este nuevo ser tan viejo como él mismo, de la voluntad del Padre a su antojo. Así lo había hecho, al menos, en su mayoría, y hasta ahora, el pueblo elegido por Dios, que había sido conducido por aquellos que se desviaron mediando error.

1.- BIENAVENTURANZAS Y CUMPLIMIENTO

Como no podía ser de otra forma, pues este era el destino que le había reservado Dios, va a ser Juan Bautista el que comunique a sus semejantes la buena nueva. Además de hacerles ver que su comportamiento dejaba mucho que desear como hijos de Dios⁶ y de no ser suficiente, les dice, con saberse hijos de Abraham, sino que se hacía necesario un actuar que se atuviera a la Palabra de Dios y no a la manipulación que se pudiera hacer de ella, por más que se sustentara sobre la tradición, aunque fuera milenaria.

Además de lanzarles semejantes acusaciones, viene a presentarnos a Jesús cuando dice que se den cuenta de que *el hacha está ya a la raíz, y todo árbol que no dé fruto será cortado y arrojado al fuego*⁷. Así, como antecedente del que llega, se aproxima el momento crucial en que la mano de Dios, sirviéndose de su Hijo como instrumento o herramienta, haga caer a aquel que, de su propia base (esa “raíz” que dice el texto evangélico) no cuente con unos fundamentos esencialmente verdaderos y haya cambiado la entrega por la comodidad y la apariencias por la auténtica fe.

Ese fuego que tanto pavor puede provocar en el creyente, al que será arrojado quien contraríe la voluntad del único Padre verdadero, es el

mismo elemento, pero transformado por la mano divina de Cristo en agente que lleva insito al Espíritu Santo. Aquel a quien Juan no osaría “llevarle los zapatos”⁸, perdonará los pecados de quienes admitan la paternidad que Dios infundió en Jesús y se dejen lavar por el agua bendita que viene a traer al mundo. Así, el mismo Enviado, *que tiene en sus manos la criba*⁹ será el encargado (al igual que ejerciendo de hacha purificadora) de discernir entre lo bueno y lo malo, apartando aquello que sobre y quemándolo como paja susceptible de ser arrojada al mismo fuego que aquel árbol que no dé **fruto bueno**. Lo demás, el trigo como fruto bueno, será *guardado en su granero*¹⁰. Nada pudo dejar más claro el Bautista antes de que, quien le hiciera saltar en el vientre de su madre cuando María visitó a su prima Isabel, buscó, en sus manos, el mismo bautizo del Espíritu que luego promovería como fuente de inagotable gracia.

Pero para que la labor del hijo de Isabel no fuera como predica en el desierto, el mismo “bautizado”, Jesús, deja claro que la figura de su bautista no era meramente anecdótica sino que supone un punto de inflexión en la línea del tiempo. Hasta su nacimiento, o mejor dicho, hasta que inicia su predicación, se había desarrollado e implantado un sistema de fe basado en la contemplación de la misma bajo el prisma de los maestros de la Ley y de aquellos que afirmaban ser los defensores de la misma. Juan es, en propias palabras de Dios el *mensajero* que envía para que *prepare el camino*¹¹. Hasta entonces sólo los “esforzados” entran en el Reino de Dios¹². A partir de Juan, y con la predicación de Cristo, ese acceso se acogerá al mismo mensaje del Enviado: soportando una *carga liviana* y llevando un *yugo llevadero*¹³. El hombre nuevo es, ahora, el viejo hombre que, con el paso del tiempo, viene a cumplir la voluntad de Dios y huye de las falsas interpretaciones y de los comportamientos farisaicos. Es más, como el propio Cristo indica, dejando claramente determinada su

misión, ha venido a traer *la espada*, a *poner el hijo contra su padre*, a *la hija contra su madre...*¹⁴

En estas palabras que resultan, a primera vista, bastante radicales (como lo eran, por otra y gozosa parte, la mayoría de las que pronunció Jesús) centraliza su mensaje Cristo. La dicha como una lucha entre generaciones en que las nuevas (hijo e hija) acabarían enfrentándose a las viejas (padre y madre) habrá que entenderla en el sentido, queremos creer, meramente espiritual. El hombre nuevo que Él representa será piedra de escándalo para el viejo hombre acomodado en una Ley hecha a medida de sus miedos y adaptada al siglo que le ha tocado vivir; de acuerdo a unos principios férreamente defendidos por los dogmáticos dueños de su verdad. Que Alguien manifestase que era el Hijo de Dios, tan esperado por el pueblo elegido, y que no viniese al son de tambores de guerra y de trompetas de victoria, sólo podía entenderse como una afrenta a Dios, como un engaño a los Libros Sagrados que habían sido conservados, con tanto esmero, en el formol de la mera observancia objetiva. El drama estaba, pues, servido.

Pero, podemos preguntarnos, ¿qué es lo que pretende Jesús y qué es lo buscado por sus contemporáneos en el cumplimiento de la Palabra de Dios? Pues bien, tanto uno como otros tenían como objetivo primordial de su existencia la **salvación** y la **consecución de la vida eterna**. Sin embargo, las dos no son la misma realidad, creemos, sino expresión de dos momentos distintos en el devenir del hombre. Mientras que salvarse supone evadir las acechanzas del maligno para poder gozar de una mejor vida espiritual, la vida eterna es premio mayor que sólo podrán disfrutar aquellos que hayan dado cumplimiento a los mandamientos divinos.

Como hermano nuestro, Cristo quiere extender a todos los hijos lo que Él tendrá por ser el primogénito del Padre. Así, les dice que *el que se mantenga firme hasta el fin se salvará*¹⁵. Frente al odio que, sabía bien, iban a sentir por parte de muchos de sus semejantes, debían de saber que *si el mundo les odia, a Él le había odiado antes que a ellos*¹⁶; de aquí que una entrega al Hijo y al cumplimiento consecuente de la Verdad trajera consigo esa salvación tan soñada; teniendo en cuenta que *quien escucha mis palabras y las practica es como un hombre inteligente que edificó su casa sobre la roca*¹⁷.

Por otra parte, la voluntad del hombre es conseguir la vida eterna.

El Evangelio según San Juan deja dicho, en palabras del propio Cristo¹⁸ lo que Él entiende que es esa vida eterna y que es lo que quiere que todos los que lo acojan conozcan: *Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti el único Dios verdadero, y al que tú has enviado*; que Después de la muerte, que se sabe cierta por parte de cualquiera, y se entiende el paso a una vida mejor por parte de todo discípulo de Cristo, la meta es aquella. ¿Cómo conseguirla? La respuesta por parte de Jesús es llevar a la práctica no ya lo que Él diga (con lo que de consigue la salvación) sino el cumplimiento de los mandamientos de Dios. Se refiere, por lo tanto, al Padre, y no a Él mismo; de aquí que la diferencia entre una cosa y la otra sea tan clara: salvación, si se lleva a la práctica lo que dice Cristo, vida eterna si se cumple el decálogo que Dios entregó a Moisés. Como también dice Jesús, pero un poco antes de lo dicho con anterioridad, y dirigiéndose a los discípulos que le escuchaban: *si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre.*¹⁹

Pero para llevar a la realidad lo que dice la Palabra de Dios exige comportamientos nuevos, ya que el viejo hombre, sino cambia, no

puede ser el que se salve ni el que gane la vida eterna (ni siquiera con la ceremonia de la purificación que en Evangelio de S. Juan recoge y en el que se habla de 6 tinajas –número imperfecto- de donde los judíos tratarán de hacerse purificar el alma; ceremonia, que, por lo tanto, ya no es válida: otro elemento novedoso, que centra la purificación en la limpieza, sobretodo, interior y no sólo exterior²⁰. Los versículos 16 al 17 del capítulo 9 (que se transcriben abajo) son el ejemplo perfecto de la novedad en el mensaje de Cristo que tratamos de destacar:

Nadie remienda ropa vieja con un pedazo de paño nuevo, porque el remiendo agrandará la rotura. Tampoco se echa vino nuevo en vasijas viejas, porque así se rompen las vasijas se desparrama el vino y las vasijas se echan a perder. El vino nuevo se echa en vasijas nuevas, y así se conservan el vino y las vasijas.

Pero si hay una parte de este Evangelio en el que la novedad que Cristo manifiesta su diafanidad este es el denominado Sermón de la Montaña (al que ya hemos hecho referencia).

Antes de proseguir con la mención, más pormenorizada de citado Sermón hay que decir que como bien indica el Concilio Vaticano II, mediante su Constitución Dogmática sobre la divina revelación (Dei Verbum) “*el oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios escrita o transmitida ha sido confiado únicamente al Magisterio vivo de la Iglesia, cuya autenticidad ejerce en nombre de Jesucristo*” (DV 10) Por lo tanto no cabrá, en este análisis, interpretaciones personales sobre lo fijado en el texto evangélico sino apoyatura en el citado Magisterio, que facilita a los creyentes un conocimiento tal de la voluntad de Dios que sin él todo sería tergiversado y adecuado a la visión de cada uno.

Si, como hemos dicho arriba, necesitamos acudir a una fuente de doctrina de la que emane el líquido elemento que necesita la fe para sobrevivir, qué duda cabe que el del Monte es un Sermón que es la meta de la que podemos partir, el eje que, centrífugamente, evidencia la voluntad de Dios. Es todo el denominado *Discurso Evangélico*, que abarca los capítulos 5 al 7 del citado texto neotestamentario, la manifestación más clara del mensaje que, desde Dios, trae Cristo a la vida terrena, el camino que traza el Hijo para llegar al Reino de los Cielos, concretando, al mejorar, el contenido de los 10 mandamientos que salieron de la mano de Dios y recibió Moisés²¹.

El tan citado Sermón de la Montaña (o del Monte) dice lo siguiente:

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa.

Para finalizar, manifiesta el destino prometedor que les espera a aquellos que den cumplimiento a este mensaje diáfano de Cristo:

Alegráos y regocijáos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.

Si por bienaventuranza se entiende la prosperidad y felicidad humanas²², las que recoge el texto, en este caso de Mateo, son expresión de un estado de bienestar espiritual de difícil parangón. Si con ellas Cristo quiso proporcionar un medio para poder contemplar la gloria de Dios, mediando su cumplimiento, nunca estaremos lo suficientemente agradecidos ante tal regalo de su bondad. Si bienaventurado es quien goza de la bienaventuranza eterna, esa fortuna que trae la causa de su contemplación es, bien podríamos llamarlo así, una luminaria que clarifica la opacidad de nuestra vida terrena, de un existir en el que las lágrimas que conmueven nuestro valle no permiten llevar a cabo lo que estas ocho “suertes” fundamentan: que la voluntad de Dios tiene trazado, en esas sílabas, un camino.

Antes que nada, hay que hacer indicación de la estructura que tienen las bienaventuranzas, la estructura interna, de sentido, de la finalidad buscada: a la expresión de una miseria humana –propia o inducida- corresponde un premio, una compensación, una voluntad de resarcimiento del venido, o hecho venir, a menos. Pero no sólo esto se destaca, sino que, más bien, ese bien que se promete supone, o tiene, un sentido opuesto al mal que se recibe. Ahora veremos esto.

- ¿Quiénes son los pobres de espíritu?, ¿Cómo es posible que el Reino de los cielos sea, ya, suyo?

La pobreza de espíritu, concepto que puede llevar a confusión si sólo miramos las palabras de que se compone, supone *humildad*. Humildad que conduce la existencia, proceder de entrega, espíritu donador, santo. El humilde se ha de tener por el último de sus semejantes, se descubre imposibilitado de recibir el Reino de los Cielos pues le está vedado por una praxis religiosa que no les comprende ni acoge. Por eso aspira, en su actuación contraria a toda soberbia y orgullo, a conseguir, el sometimiento de la vanidad y de ese orgullo, alcanzar el camino hacia la eternidad.

Esa felicidad que han de sentir los pobres de espíritu, esa felicidad requerida para serlo, supone un agradecimiento de Dios hacia sus hijos que, con su devenir sumiso, apretado, de libertad humana escasa por haberse entregado a quien lo necesita, de corazón grande ante la disyuntiva que se le presenta: servir al prójimo o servirse de aquel o a sí mismo en exclusividad. Esa elección que provee el alma santa, que acapara para sí las riquezas que Dios ofrece a quien quiera escuchar y ver, proporciona un Reino Eterno en esta vida, sin siquiera esperar a la vida nueva que encontrará tras cruzar el umbral de la puerta que lleva al Padre, Aquí, ahora, en este su vivir, el humilde de espíritu, pobre de espíritu ante el otro o pobre por el espíritu que mora en él, ya tiene el Reino de los cielos, la felicidad divina que proporciona Dios a quien no convoca, para sí, el acaparamiento y riqueza material²³, a quien manifiesta esa pobreza al no querer, o desear, la acumulación de materialidad, a quien considera que el amor y la fe constituyen un edificio que, al construir, sostiene la existencia propia de cada uno; al sentir, para sí, un Bien perfecto en

la poquedad de su persona y vehicular, hacia la eternidad soñada, su mísero yo.

Ensalzar equivale a engrandecer, exaltar, alabar, elogiar. Por lo tanto, si, como dice el texto de Lucas, *quien se humille será ensalzado* (Lc 14,11) el sentido de esta expresión apunta, directamente, al corazón del comportamiento humano. El elogio o engrandecimiento, en el Reino de los Cielos, de quien se haya humillado (en el sentido que tiene y que hemos dicho) en este vivir terreno, no es más que la respuesta misericordiosa y agradecida de Dios. Pero esto, insistimos, se encuentra ya, palpablemente, sensiblemente, sentible, en esta vida. Esto sólo es un anticipo de lo que supondrá la vida eterna; pero ahora, aquí, también exalta Dios a quien se comporta como él quiere: con contrición y humildad, con el viento a favor de su Palabra, con una comprensión, siquiera elemental, de la Verdad.

Pero podemos preguntarnos si la pobreza tiene un solo sentido o, por el contrario, es un concepto que contempla en diversas formas su significado. Si también tiene aplicación fuera de ese sentido de la que lo es espiritual.

La pobreza tiene un sentido de *desprendimiento* cuando quien lleva a cabo determinada obra lo hace no por ostentación sino mermando sus propias posibilidades de subsistencia.

El caso de la viuda (que recoge Lc 21, 4) es harto conocido por todos los lectores: dando, incluso, lo que no tiene. Claro que no se refiere a que la viuda diera lo que no tenía ya que, si hubiera sido así no lo habría dado; lo que entendemos es que “*dio todo lo que tenía para vivir*”²⁴.

La pobreza de espíritu es, también, *ámbito de oración*. Con esto queremos decir que la humildad nos permite abajarnos ante la misericordia de Dios, que perdona al que es humilde de corazón, ya que *“el corazón es el lugar de la búsqueda y del encuentro en la pobreza y en la fe”*²⁵. Entiéndase la necesidad de humildad para invocar, ante Dios, su ayuda y la mediación de su Santa Madre, o la intervención de los santos que nos precedieron. Sin humildad, francamente sentida y no hipócrita, ha de resultar, por fuerza, muy difícil plantear, a quien todo lo puede, un ruego, una plegaria, una petición; mediante un comportamiento humilde podemos mostrar el agradecimiento debido por alguna merced que hayamos obtenido. Humildad y oración por pueden disociarse, pues.

Pero, al fin y al cabo, el sentido esencial, básico, constitutivo, del concepto de pobreza arraiga en el poso que nos deja la Palabra de Dios al ser oída o leída. Supone una invitación a *“comunicar y compartir bienes materiales y espirituales”*²⁶ pero *“no por la fuerza sino por amor para que la abundancia de unos remedie la necesidad de otros”*. Como compensación ante tal actuación, ante tal vertiente humana de la pobreza de espíritu, considera como sostén de nuestro proceder, es justo –porque la justicia sólo emana de Dios y llega desde Dios que la riqueza de su Espíritu sople sobre nosotros, dándonos el Reino, aquí, de los Cielos, como antesala y ejemplo de la Paz eterna.

Sin embargo, el camino para llegar, o alcanzar, la Vida es estrecho, dificultoso, escabroso. Serán muchos los falsos profetas con sus *“disfraces de ovejas”* (Mt 7, 15-20) que pretenderán embaucar a los discípulos de Dios para llevarlos por el camino equivocado, para mentirles sobre la meta, para hacerlos perder. Ante esto hay que estar atentos a los verdaderos discípulos (Mt 7, 21-27), aquellos que no se limitan a oír pero no escuchan, que hacen oídos sordos al significado

de la Palabra de Dios, falseando el fruto que da esa Palabra: mientras que los que atienden y obran en consecuencia con lo dicho –no limitándose al “*Señor, Señor*”- encontrarán la tan anhelada, ansiada, esperada y soñada luz divina. Esta, como bien indica en número 1723 del Catecismo de la Iglesia Católica es una *opción moral decisiva*.

- ¿Y los mansos?, ¿Cómo hay que actuar para que la mansedumbre se enseñoree de nosotros? ; ¿Cómo para heredar la tierra?

Íntimamente unida a la humildad, la mansedumbre evoca la bondad del corazón del hombre. Cuando Cristo dijo aquello tan repetido de “*aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*” (Mt 11,20) manifestó una dualidad que contiene, en sí misma, todo un programa de vida, toda una profusión de comportamientos.

Dice el número 1697 Catecismo de la Iglesia Católica que el camino de Cristo está resumido en las bienaventuranzas y que, aquel, es el único que lo es hacia la dicha eterna a que aspira el corazón del hombre. Por lo tanto, también la mansedumbre ilumina cada paso que damos si, con franqueza, hacemos de ella un comportar claro y preciso. Ese es el sentido que quiso darle Cristo.

Dice Pierre Bonnard²⁷ que los *mansos lo son más por condición y necesidad que por inclinación natural*. Sin embargo, a pesar de que los que no tienen nada han de poder hacer para triunfar, sí cabe, en ellos, y basada en la confianza que ponen en Dios (al creer en Él) una práctica continua de la virtud de la fortaleza para poder enfocar su

vida no con la imposibilidad de hacer nada sino de soportar, con esa fuerza, su propio devenir.

La mansedumbre no es, pues, una especie de atontamiento espiritual ni una falta de decisión. La mansedumbre, como virtud cristiana, supone una práctica de comprensión, decisión de serenidad entendida como regalo al prójimo (evitando, por ejemplo, situaciones de violencia) y, por último, siembra de paz en su derredor para que, y como dice S. Juan Crisóstomo “*la violencia no se venza con la violencia, sino con la mansedumbre*”²⁸.

Estos, los mansos, serán poseedores de muchas realidades que enriquecerán su vida: serán poseedores de una amistad cimentada en la relación contraria al exceso de ira, serán poseedores de su propia vida pues no serán pasto del carácter agrio; serán, por último, poseedores, de un corazón dado a la entrega, sostenido por la caridad que asimila los ataques a los que se vea sometido su cuerpo o espíritu, sostenido, al fin, por la savia fiel del amor de Dios. Recordar, aquí, el sentido que Jesús dio a la humildad y a la mansedumbre (siendo Él mismo, como hemos dicho, *manso y humilde*) apuntala, más aún, esta conceptualización que le damos a esta segunda bienaventuranza; que no significa inactividad claudicante sino efectivo ejercicio de una virtud cardinal para la vida de hombre, para aprender de Cristo.

El sentido que hay que darle a la *herencia de la tierra*, como expresión judía que es, supone un premio tangible, recompensa a ese proceder, prenda que se recogerá en la vida eterna como donación de Dios. Es, por lo tanto, la justa compensación por el ejercicio vital y virtuoso del manso que, repetimos, no lo es porque se vea llevado por una mano que le impide actuar de otra forma sino, al contrario, porque se trata

de una mansedumbre puramente espiritual que conduce un ser material. Por eso Dios bendice a quienes son mansos, porque no se han ensobrecido por su ínfimo poder humano y han sabido comprender que su estar depende de una voluntad superior a la suya.

- En tercer lugar, Cristo manifiesta el estado de felicidad en el que deben encontrarse los que lloran porque encontrarán consuelo. ¿Por qué lloran los hijos de Dios?, ¿Quién les dará el consuelo que aplaque esa existencia dura y, a veces, incomprensible, con nuestro razonamiento humano?

Cristo, como novedad esencial, aporta a la convivencia entre hermanos y gentiles, un amor que perdona las ofensas y una comprensión sin límite (*setenta veces siete*, dijo una vez); esto compensa el lloro ante la desolación de la vida diaria, la lágrima que se vence ante la tristeza del vivir. Pero, a pesar de todo, aquellos que se ven llevados a manifestar sus sentimientos con ese remedio espiritual (pues limpia el alma de desazón) que es el llorar, han de comprender el objeto de ese llanto, han de saberse acogidos por el corazón fructuoso del Padre. A esto, Jesús, el Ungido por la mano de Dios, el *Jristós*, ofrece una compensación ilimitada: *recibirán consuelo*.

Ese premio, merecido por filiación pero inmerecido por la naturaleza pecadora del hombre, se manifiesta como el lado positivo de la balanza: frente a la venganza como instrumento remediador de la causa del llanto, muy en boga en su época, el Hijo muestra la cara iluminadora de su destino. El futuro, *recibirán*, sólo puede referirse al Reino, destino buscado por el hombre, pero ahora ya no será resultado del daño del otro,

aunque te haya causado un daño primero, sino de la congoja soportada por amor (*amaos unos a otros como yo os he amado*) y sostenida en ese fin tan anhelado de contemplar el semblante de Dios, consuelo supremo para el fiel que espera, en abundancia de penas, un premio justificado por la misericordia de Dios.

Sin embargo, aún no hemos respondido a la pregunta de por qué lloran los hijos de Dios: ¿por qué?

En el contexto histórico en el que se encuentra Cristo, las acechanzas del maligno a los descendientes del Padre, abocándoles a la negación de su amor y a perturbar esa filiación divina, muchas debían ser las situaciones en la que se encontraron aquellos: pobreza material pero, también, pobreza espiritual; hambre de pan del hombre, enfermedad y dolor ante el que hay que mostrar templanza, sabiendo que también Dios sufrió, en Cristo, para conocer ese desprecio hacia su persona. Por eso dice, hoy día, Juan Pablo II ²⁹ que *“la fe en Cristo no suprime el sufrimiento, pero lo ilumina, lo eleva, lo purifica, lo sublima, lo vuelve válido para la eternidad”*. Es esa eternidad en la que los que lloran esperan sentirse consolados en compañía de aquellos que adoraron a Dios sobre todas las cosas y ahora lo contemplan. Tal es así que los que, ante su situación espiritualmente disminuida por la manipulación del hombre de la Ley de Dios, se sienten entristecidos y lloran; los que entienden que el formalismo fariseo no les llena el corazón de la dicha y la gracia de Dios que dicen transmitir, los que se ven acorralados por los que mataron a sus profetas; los que se saben ninguneados por los doctores de la Ley..., en fin, todos aquellos que son oprimidos por una interpretación interesada de la Palabra de Dios ocultada en esos libros que custodian, con

celo, los centinelas de la perversión. Todos esos lloran, y sienten encogerse su corazón de hijos, enmudecidos por el ambiente, atrapados en esa vorágine de “buenas intenciones” cegadoras del verdadero amor (*misericordia quiero y no sacrificios*, quedó dicho) Sin embargo, tienen la promesa de Cristo de que su premio será grande: el consuelo, una eterna alabanza de Dios hacia quien supo, en tiempos de agravio, mantener la verdadera fe que el Hijo trajo.

- Cuando el Evangelio dice, concretamente Lucas, que hay que *estar despiertos, pidiendo fuerza para escapar de todo lo que está por venir y mantenerse en pie ante el Hijo del hombre* viene a ratificar lo que Cristo dice: *Felices los pacientes, porque recibirán la tierra en herencia.*

Podemos decir que la paciencia es la virtud de los que, con fe que acomete, no se resignan ante las circunstancias contrarias que afrentan su espíritu y tratan de acallar unos corazones que no quieren ser dominados. ¿Qué felicidad secreta contenta a los seguidores de Cristo que ayuda a caminar hacia el Reino Eterno?

Atengámonos, también aquí, a la doctrina. El n° 227 del Catecismo de la Iglesia Católica dice que la paciencia “*Es confiar en Dios en todas las circunstancias*”. Como por circunstancia podemos entender avatar o acaecimiento que nos puede suceder... bien podemos llegar a la conclusión de que el confiar es sinónimo de gozar de tranquilidad, felicidad segura, fe reafirmada ante todos aquellos infortunios, trabajos u ofensas que puedan recaer sobre los hijos, que se consideran, de Dios. Pero ser paciente no es sólo el soportar con fortaleza las acechanzas sino, también, tener esa facultad de saber esperar

cuando se desea algo mucho, cuando la voluntad se robustece ante lo que ha de venir.

Ya hemos dicho antes el significado que tiene el recibir la tierra en herencia. Allí nos remitimos³⁰. Es ese sujeto paciente, ese pueblo amado que permite que la Palabra de Dios se perpetúe generación tras generación quien obtendrá tal premio derivado de la misma voluntad de Dios.

Pero... ¿qué es lo que la tierra puede dejar en herencia? Entendemos que se refiere, como tantas otras veces, a una nueva tierra, a un nuevo mundo, al Reino mismo, al Reino que Cristo trae y que ya es perceptible por sus discípulos y entendible por sus fieles seguidores. Felicidad que la práctica de la virtud aquí tratada conseguirá para los que *sucedan* al corrupto y ya defenestrado viejo mundo. Heredar no es, pues, más que recibir lo que deja quien se vamos de entre aquellos nosotros que, como hijos de Dios, y transformando su contemporaneidad con la contumacia de la fe vivida, supieron mejorar el hábitat donde se desarrollaron.

Es, precisamente, la continua tribulación en la que se encuentran los primeros cristianos, la que apuntala esta virtud que traerá, como causa, la herencia mejor. Como bien dice Pablo en su Epístola a los Romanos³¹ *“nos gloriamos hasta en las tribulaciones; sabedores de que la tribulación produce la paciencia; la paciencia, una virtud probada; y la virtud probada, la esperanza”*. Es decir, que la problemática del diario vivir de aquellos tenía como consecuencia la praxis de esa virtud, que era probada al soportar las tribulaciones por amor a Dios y en la esperanza de alcanzar el Reino. Tal es así que la necesidad de paciencia era recordada por el apóstol converso en su carta a

los Hebreos³² al indicarles que al cumplir la *voluntad de Dios, alcancéis la promesa*³³.

Podemos comprender mejor el sentido que las palabras de Jesús tienen cuando se refiere, siempre, a una actitud de la que resulta, como consecuencia, un feliz resultado. Así, las palabras de Lucas que hemos referido al comenzar este apartado se entienden bien: hay que pedir –orando- *fuerza* para poder obviar todo lo que pueda venir contra esa voluntad que tenemos de seguir a Cristo y que tenían, podríamos decir, los primeros cristianos. Lo que estaba *por venir*, como dice el evangelista médico, eran persecuciones, muertes y atropellos en nombre del paganismo o, lo que es peor, en nombre de Dios por parte del judaísmo oficial. Ante esto, el mensaje a seguir es, ahora, la paciencia, *tolerando los males ajenos con ánimo tranquilo*³⁴ ya que aquella *proporciona a nuestra un fundamento firmísimo; permite que nuestra esperanza crezca hasta lo más alto*³⁵.

En muchas ocasiones nos vemos obligados a hacer referencia, o a referenciar, textos muy posteriores a los tiempos en que vivió el Salvador. Sin embargo, sirvan estos, a modo, de aplicación de lo que propuso Cristo en sus años de vida pública. El caso es que vienen a confirmar, como una doctrina imperecedera, las palabras que dirigió a sus contemporáneos el Mesías y que, a pesar de la lejanía temporal, como, por ejemplo, estos textos de San Gregorio y San Cipriano, o a los que hagamos referencia de Juan Pablo II u otros pontífices, no hacen más que confirmar, por activa y por pasiva, que el mensaje nuevo de Jesús se ha perpetuado para toda la eternidad.

Por lo tanto, la paciencia, valga la obligada redundancia, como parte de la virtud de la fortaleza, permitió que arraigásemos en aquellos primeros nosotros profundas resonancias de la Verdad de Dios en sus corazones. Y mantener esa virtud con perseverancia fue el mejor depósito que hicieron a las siguientes generaciones.

- Jesús propuso una bienaventuranza verdaderamente enigmática cuando vino a decir que aquellos que tuvieran hambre y sed de justicia serían saciados. ¿Es la justicia un alimento del alma que se contrapone a la corruptibilidad del cuerpo? ¿La saciedad que premiará esa hambre supondrá la inexistencia de injusticia alguna en el sentido cristológico?

Pensemos que el alma es el principio vital del hombre, que constituye el elemento espiritual de la humanidad y que, con el cuerpo, da forma a la totalidad misma de los hijos de Dios. Por lo tanto, así como el segundo necesita de sustento físico para que la supervivencia material del ser humano sea posible, también habrá que entender que la primera, como esencia del vivir, se alimenta de otro de tipo de *sustancias*, de una armónica mezcla de espiritualidades, infundida, como es, en el momento de la concepción, por Dios.

Esencialmente hablando, son las virtudes, *gérmenes de los actos moralmente buenos*³⁶, entre ellas, la justicia, las que inundan, con su savia, el corazón del hombre.

Pero... ¿qué es la justicia para Cristo?, ¿qué hay de novedad en su doctrina? Básicamente entendida es dar a cada uno lo que le corresponde. Pero, espiritualmente hablando, esta virtud contiene más principios que no sólo el de la justa correspondencia. Si bien que

cada cual obtenga lo que se merece tiene un sentido que es fácilmente comprensible por todos, lo intrínseco de ella va más allá, y deja, pro así decirlo, en un estrato meramente mundano, lo que supone su sentido.

El Reino de Dios, y, como ha hemos dicho, el sentimiento de estar ya, aquí, entre nosotros, viviéndolo, ha de ser el seno en el que la justicia brille, en el que los que lo hayan alcanzado, comprendan verdaderamente, su significado.

Pero Jesús ya propone esa saciedad; saciedad que obtendrán quienes tengan, aquí, hambre, de esa virtud. ¿Acaso no propuso, también, como alcanzada en este mundo, con un justo entendimiento de su ejercicio?

La justicia no es, para el Ungido, la puesta en práctica de una venganza, sea o no sangrienta, del ofendido contra el ofensor (lo cual sería aquella justa correspondencia que hemos referido según un corazón que no comprende la voluntad de Dios) La justicia ha de ser, por fuerza del amor, una aplicación generosa de la comprensión y el perdón; ha de ser, necesariamente, una búsqueda de una vibración virtuosa del contemplar; ha de ser, cristológicamente hablando, el centro de un comportar que se asienta en la visión certera de su yo como Encarnado.

Así como Dios ejercita la misericordia para con nosotros, así el hombre, hecho, con sus manos, de barro (y que, a veces, no sabe despojar de sus pies) ha de manifestar que en su vida trata de llevar a la práctica lo que aquella dicta para nuestro proceder: la justicia se comprende mejor cuando la misericordia – voluntad inescindible de Dios- evita la confusión que existe la aplicación estricta de la justicia humana para transmutarla en justicia divina. Eso es lo que vino a

decir Jesús cuando invocó esta virtud como lo que debería ser nuestro quehacer. Aquella saciedad que será premio en el Reino Eterno –en la “ciudad de Dios” podríamos decir-. Todo esto teniendo en cuenta que, como dice Juan Pablo II *“la caridad es el alma de la justicia”*³⁷. Alma dentro del alma, el más profundo sentido del amor de Cristo.

Y lo primero de todo: justicia para con nuestro creador, para Dios que, voluntariamente, hizo al hombre y, de él, a Eva, la *madre de todos los vivientes*. Dificilmente podremos tener justicia para con nuestros semejantes si obviamos, olvidamos o preterimos, la que merece el Omnipotente. Como dice³⁸, concretamente, S. Josemaría Escrivá, *“Es la piedra de toque de la verdadera hambre y sed de justicia”* ya que, de otra forma, es decir, si no comprendemos que nuestra primera mirada ha de tener como destino a Dios, esa actitud, *“encierra la más tremenda e ingrata de las injusticias”*³⁹.

Y, posteriormente, justicia para aquellos que conviven con nosotros y que, aunque de ideas opuestas, también merecen ser llamados “Hijos de Dios”. Sabiendo que eso es lo que predicó Cristo en su Sermón de la Montaña y que eso es lo que llevó a la práctica en su vida pública, practicar esta virtud en la vida cotidiana de sus contemporáneos era lo que trató de difundir, y eso es lo que dejó, para siempre, en el corazón de todos sus fieles y discípulos.

- Es la misericordia instrumento poderoso en las manos de Dios. Por eso Jesús vierte, en los oídos de sus oyentes, una bienaventuranza en la que aquella alcanzará a quien la haya llevado a la práctica.

¿Qué encierra, en sí, la misericordia para que Cristo entienda que es de vital importancia para el discurrir y hacer de sus discípulos y, por extensión, para todo hombre?

Conocida es la relación que en la antigüedad bíblica se establecía entre el pueblo judío y Dios a través del sacrificio de animales o de la entrega de algunos de ellos al Templo en determinadas ocasiones.

Jesús, llevando a cabo la voluntad de Dios de perdón y de comprensión hacia el otro, pronunció (en recuerdo de Oseas) aquel “Misericordia quiero, que no sacrificio” recogido en Mt 9, 13⁴⁰. Al fin y al cabo ya los profetas *denunciaron con frecuencia los sacrificios hechos sin participación interior*⁴¹. No caben, pues, manifestaciones exteriores puramente formales que no concuerden con un corazón contrito (como en tantas ocasiones acusó Cristo a muchos de sus contemporáneos)

Pero la misericordia no puede limitarse a ser la otra parte de la balanza en la que se ha pesado el sacrificio. Supone, sobre todo, una actuación positiva y, como todo el espíritu de las bienaventuranzas, una actitud, un proceder, una dedicación del corazón en atención al otro ya que, al parecer, la misericordia⁴² no era, siempre, tenida en cuenta. De aquí que toda la vida de Cristo fuera ejemplo de cómo se puede entender esta virtud.

El caso es que podemos entender, de la afirmación de esta bienaventuranza, que cabría distinguir entre la misericordia para con los demás y la que se alcanzará (habrá que entender que en el Reino Eterno) por la voluntad de Dios a los que comprendan su significado y así lo lleven a la práctica, a las obras de cada día.

Y misericordia es, sobre todo, comprensión hacia los demás y hacia los defectos que puedan manifestar (tal como nosotros mismos podemos hacerlo)

Y porque Dios es la misericordia en sentido puro, la expresión de justicia asentada en su voluntad. De aquí que el máximo bien sea, para el hombre, tratar de alcanzar el misterioso afán que la misericordia divina dejó inscrito en nuestros corazones.

Y la misericordia guarda relación directa con la caridad, ley suprema del Reino de Dios. Con la caridad en su sentido básico; caridad que ha de llevar al olvido del agravio que, por eso, es expresión misericordiosa del alma que comprende y perdona; caridad que encierra, en sí mismo, dedicación a las faltas de amor del prójimo y que, por eso, es misterioso proceder de la misericordia; caridad que acapara, para sí, el odre nuevo que contiene la vida que Cristo manifestó, rompiendo el aliento del pasado para iluminar el camino que nos lleva al Reino; caridad que desmitifica el quehacer de cada uno para centrar cada paso en el ser que nos convoca y que nos propone que, ante la mano necesitada de comprensión, la nuestra sea seno que siente el calor del hermano.

Es así como la misericordia, instrumento santo en manos de Dios, transforma el corazón de piedra del hombre, y hasta del creyente, en esa fuente de agua viva que encontró la samaritana que encaminó su vida vacía hacia el verdadero ser del hombre ... que es fundamento de una correspondencia entre lo que se dice y lo que se hace. Rompe, por así decirlo, esa barrera, a veces infranqueable, entre el corazón de Cristo, imperturbablemente misericordioso y el nuestro, que no siempre percibe el necesario acogimiento del otro.

- Cristo, llevado por su amor sin límite, fija su atención en aquel órgano físico que lleva, más allá de su materialidad, al

conocimiento que Dios, puso, de Él, en su interior. ¿Qué es la limpieza de corazón?

Es en nuestra concepción cuando Dios, mediante el Espíritu Santo, nos infunde ese “secreto designio” del que habla la Carta a los Efesios⁴³; ese conocimiento del amor que el Padre nos trasmite y al que hemos de ser fieles y, como hijos, continuadores en esa herencia tan nuestra.

Muchas veces Cristo echó en cara de sus contemporáneos que, en su actitud (la de ellos, hay que entender) existía una falta de, llamémosle, *unidad de vida*: lo que decían con la boca no correspondía con sus obras, que no había relación entre una cosa y las otras y que, a Dios, no se servía con semejante actuación. Por ejemplo, ante el caso, de típica raíz judía, de aquel que come sin lavarse las manos –en cumplimiento de uno de tantos preceptos con los que se cargaba el pueblo hebreo– Jesús responde que lo que mancha al hombre es lo que sale del corazón: “*Porque del corazón provienen los malos pensamientos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, blasfemias* ⁴⁴”. Por lo tanto, pertenecen a este órgano fundamental de nuestro cuerpo, acechanzas y maledicencias, lúgubres actuaciones y vertidos de artificiosa fealdad y, por eso mismo, cabe mantenerlo limpio de toda impureza, vacío de iniquidades, libre de cualquier posibilidad de corrupción.

El corazón del hombre es fuente de bienes, pero también de males para sí y para los demás. La purificación requiere esfuerzo y entrega a esa causa de limpieza tan querida por Dios; tan querida que considera bienaventurados a aquellos que lo mantengan limpio, que hayan de las negritudes que afean el proceder del hijo de Dios, porque según dice el Salmo 39 (9) “*llevo tu instrucción en mis entrañas*” y, con esa

instrucción, asentada en el amor hacia Dios (*Amarás a tu Yavé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu poder* –Primer Mandamiento de la Ley de Dios-) y hacia los demás (*y a tu prójimo como a ti mismo*) se podrá alcanzar la meta de todo hijo de Dios: **ver a Dios.**

Pero ¿cómo llevar a la práctica esto?

Cristo, en su fundamental labor de llevar a cabo el cumplimiento de la Palabra de Dios, realiza aquello que Ezequiel dijera ⁴⁵ de que iba a darnos *un corazón nuevo* y que, nos revestiría de *un nuevo espíritu*. Es más, ante tanta falsedad existente en el pueblo elegido, hace efectivo ese *os quitaré vuestro corazón de piedra y os daré un corazón de carne*, porque la piedra no siente por el otro, ni padece por el hermano, ni puede superar su estado de firmeza obligada, mientras que la carne, sinónimo de vida, acumula riquezas de amor y sabe entender de palabras y acciones, de luchas y de pérdidas. Como dice ORIGENES *¡Qué grande es el corazón del hombre! ¡Qué anchura y capacidad, con tal que sea puro!* ⁴⁶ .

Es claro que el hombre siente apego por el hombre y apego por las cosas que tiene, que desea o que anhela, que somos esencialmente emocionales y que, por esto, es fácil que el corazón caiga y vuelva a caer. Sin embargo, llevando a cabo una adecuación entre nuestra voluntad y la voluntad de Dios, mediando su Gracia, exigiéndonos cordura en el proceder, permaneciendo fieles en la **caridad** (ley suprema del Reino de Dios) y sintiendo *amor a la verdad* ⁴⁷ , esa Verdad que Jesús hermano y Dios encarnado manifestó en su vida ordinaria, en el taller de José, y diaria vivencia con los que eran sus semejantes, podremos ver a *Dios cara a cara y ser semejante s Él* ⁴⁸ .

- Cuando Jesús habla de paz, declara bienaventurados a aquellos que trabajen por ella. ¿Qué sentido tiene, para Cristo, ese hacer efectiva la paz en la tierra?

Trabajar por la paz es manifestar una actitud pacífica y llevar, a los otros, a colaborar en esa reconciliación entre hermanos y, sobre todo, a posibilitar el reconciliarse con Dios. Paz es, por lo tanto, sinónimo de armónico proceder.

Existen, por lo tanto, dos formas de manifestación de esta actitud: paz interior y paz exterior.

* Cuando, como hemos dicho antes, reconocemos en nuestra situación una expresión de la voluntad de Dios y de ella entendemos que es la mejor propuesta para nuestra vida, estamos sentando las bases para alcanzar una paz interior que nos exima de tensiones hacia “afuera”. Esto, junto con la oración, ha de hacer de nuestra vida, un ejercicio de *buena voluntad* ⁴⁹ del que podamos irradiar (a modo de círculo expansivo hacia los demás como si se tratara de un guijarro lanzado en una superficie acuosa) un comportamiento positivo.

Sabido es, y dicho está aquí mismo, que la concordancia entre lo que se dice y lo que se hace manifiesta un proceder recto, y la importancia que Cristo da a esa realidad. Ante las acechanzas del Maligno o ante una tribulación que nos pueda acaecer, esa interioridad pacífica, ese sustento en la humildad sobre la que se apoya, puede favorecer el trato amable con el otro (a quien se dirige nuestro proceder).

Valga, por así decirlo, por todo lo expuesto hasta aquí, esta cita de Santa Margarita M^a Alcorque⁵⁰

“Por encima de todo, conservad la paz del corazón, que es el mayor tesoro. Para conservarla, nada ayuda tanto como el renunciar a la propia voluntad y poner la voluntad del corazón divino en lugar de la nuestra.”

* Pero existe, también, una paz exterior.

En nuestra relación con los demás, y más en el momento histórico en que nos ha tocado vivir, la, podríamos llamar, multirelación, está al orden del día. Nos movemos entre muchas personas, y entre éstas y nosotros, como cristianos, hay concordancias y, muchas veces, graves discordancias de ideas o de pareceres.

Aquí, sobre todo aquí, es donde ha de prevalecer esa actitud pacífica del cristiano. Siendo Jesucristo el ejemplo donde evocar una conducta, donde fijar la mirada para tomar aliento ante la dificultad, resulta de todo punto necesaria la obtención de fruto de esa paz interior a la que hemos hecho, antes, referencia.

Si como hijos de Dios que somos, y si así lo consideramos, queremos que se nos llame con ese título (como recoge la bienaventuranza) no cabe más opción que limar las asperezas en nombre del Padre Eterno; tan sólo es posible descansar en Dios, ya en este mundo, si somos capaces, y estamos capacitados, sin duda, para ello, de practicar la **caridad fraterna** (San Hilario dixit), esa virtud que supone una excelencia en el proceder y que comprende la discrepancia sin sentir atacado su corazón (porque éste se siente fuerte en Dios), que personifica a Cristo y que nos sirve de apoyo ante el desaliento.

Paz con el que se nos acerca, hacia el que buscamos para acercarlo a Dios; paz que emana de la mansedumbre y humildad de Jesús y que, de ellas, exhala, en nuestro corazón, valores a los que sujetar nuestra

existencia. Recordemos, para ello, lo que dice Pablo sobre que *(Nuestro Dios) no es Dios de inquietud, sino de paz* ⁵¹.

Y en esa paz, doble don interior y exterior, nos espera el Padre, para reconocernos (al conocernos ya y ver que, cumpliendo esa su voluntad nos vuelve a conocer) y llamarnos, por eso, hijos suyos.

- Bien podemos unificar, en un solo sentido, las dos últimas bienaventuranzas. Cuando Jesús habla de persecución por causa de la justicia, une esto a ser Él “la causa” (*por mi causa*, dice) en la última bienaventuranza.

Aplicar la *justicia*, en sentido estricto, es dar a cada uno según lo suyo, según le corresponda⁵². Sin embargo, aquí también, como en otras bienaventuranzas, nos encontramos con un doble sentido de este término: para con Dios y para con los hombres. Al fin y al cabo aquellas son expresión de la relación del Padre con los hijos, en vicevérica unión.

Está claro que en nuestra relación con Dios no cabe que nosotros seamos justos a tenor de la desproporción existente entre su Derecho y el nuestro, derivado de su voluntad y que, por eso, no puede ser equiparado. Sólo podemos demandar misericordia y perdón. Él es la misma justicia.

Pero es con los hombres, el otro ángulo desde el que vislumbramos esta virtud, con quienes podemos mostrar si hemos aprehendido algo de la conducta de Cristo.

Ser justos con los demás supone ser respetuosos con la dignidad de los hermanos o de los gentiles, llevar la comprensión hasta un límite

que no conozca fin (*setenta veces siete*), a saber perdonar cualquier ofensa, a saber hacer uso de la caridad que, con Francisco Fernández Carvajal acordamos, *llega donde la justicia no alcanza*.

Sin embargo, no podemos perder de vista el verdadero sentido de estas dos últimas bienaventuranzas, que no refieren a la mera acepción de lo justo interpartes o entre hijo y Padre. Lo que más es de destacar en ellas es que Cristo entiende que Él puede ser la causa de persecución porque Él es la Justicia (aquí con merecida mayúscula) misma.

Antes hemos apuntado algo acerca del verdadero sentido que Jesucristo da al término justicia ya que, sobre el mismo, hay que aplicar otras consideraciones para evitar que la práctica de la misma derive en un fácil abuso del que la sustenta.

Para Cristo no hay justicia si no hay misericordia; o lo que es lo mismo, sin perdón; no hay justicia si no anida en el corazón del hombre el sentido más tierno del amor, si se circunscribe, únicamente, a una medida raquílica y escuálida el hecho de ser justo. Además, siguiendo a Lactancio⁵³ han de concurrir, para tener un sentido apropiado de esta virtud, otras como la *piEDAD* y la *equidad*. Entendemos que la *piEDAD* fortalece de razón a la hora de aplicar la justicia; la segunda es elemento fundamental de un discurrir esencialmente justo; la equidad corrige, o, al menos, ha de corregir, el uso de la virtud de la que tratamos para darle una consideración exacta de su contenido.

Porque la Justicia es causa para la persecución por quienes tergiversan su sentido, por quienes consideran que un uso de la misma a su antojo es conducta adecuada con la voluntad de Dios, al ser garantes de la misma, porque secularmente así ha sido. Es causa

de incomprensión cuando se reclama su verdadero sentido, el querido por Dios.

El caso es que Cristo, siendo objeto de persecución por poner de manifiesto lo que es justo hasta el extremo, motivó que sus seguidores fueran perseguidos por esa causa, siendo la justicia divina que Jesús representa la que produce terror en los detentadores de la Ley; en aquellos que, desde sus sacerdocios y demás controles, entienden que tienen autoridad suficiente como para considerarse, ellos, sabedores de lo que la Justicia significa. Son ellos mismos los portadores del estandarte enrollado, *meguil.lah*⁵⁴ que contiene lo que es justo. De aquí que los que sean reclamados por cumplir pena por los aplicadores formales de lo escrito tendrán, ya, el Reino de los cielos con ellos (al igual, recordemos, que los pobres de espíritu), como anticipo al único cielo posible: aquel donde el rostro de Dios disipará cualquier sombra de injusticia humana de los que se han apropiado de esta virtud para interpretar, a su gusto, la voluntad de Dios, el único Justo.

Alegráos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros. Con esto, Cristo da sentido a todo el sufrimiento de los bienaventurados, prometiéndoles un gran premio ya que tantos otros, antes, en siglos anteriores, enviados a anunciar al pueblo elegido la voluntad de Dios, sufrieron como ellos, también, persecución y muerte (y no sólo del alma, y no sólo causa de tristeza del corazón).

En esta manifestación de misericordia por parte de Dios, mostrando el *camino* que lleve a Él y facilitando, así, la consecución de esa meta tan anhelada por el hombre, brilla la Verdad misma. Desde ella fluye, hacia los oyentes de aquel Sermón y, desde entonces, hacia todos los

seguidores del mismo, una fuente de *agua viva* de la que podemos vivir, de la que, con una elección sabia si estimamos nuestra salvación, podemos alimentar nuestro espíritu.

2.- CONCLUSIÓN

Hemos visto, a lo largo de estas escasas páginas, que Jesucristo, como Hijo de Dios y, por lo tanto, enviado del Padre a transmitirnos la Verdad en su más intensa expresión, trató de que sus semejantes y contemporáneos llegaran a comprender el fundamento que encierra la Palabra de Dios; el cómo llevar a la práctica, como vehiculo que permite una vida acorde a su voluntad, un quehacer diario.

Como expresión de lo que dijo, y quedó para siempre, un comportamiento exento de incumplimientos y deseoso de evidenciar, para ser entendido, una forma de vida llena de múltiples ejemplos, de parábolas que llenaban el corazón de sus escuchantes o de los transmisores de su Palabra, de riquezas del alma que daban forma y sustento a una vida “nueva”, a nuevo “odre” que recogiese el vino exento de vileza y pecado.

Hemos podido comprobar que el sentido de lo contenido en ese “discurso” de múltiples aportaciones a la bondad y a la misericordia, es aceptable y llevable a la práctica, otorga una posibilidad de mejorar en el vivir y formaliza, para quien lo quiera aceptar, una visión del mundo ejemplo del Reino que ha de llegar y del que disfrutamos, compartiendo, ya, en este paso nuestro por el mundo.

Que sea comprendido por aquellos que lo reciban es una opción que Dios, también, deja de nuestra mano.

BIBLIOGRAFÍA Y TEXTOS UTILIZADOS

- Jorge Loring, “*Para Salvarse*”, se puede encontrar en www.spiritusmedia.org.
- Pierre Bonnard, *Evangelio según San Mateo*, Ediciones Cristiandad, segunda edición, 1983.
- S. Juan Crisóstomo. *Homilía sobre S. Mateo*.
- Juan Pablo II. Alocución, 24, III, 1979.
- San Gregorio Magno, *Moralia*,.
- Jutta Burggraf, *Teología fundamental (manual de iniciación)*. Editorial RIALP, 2002.
- San Cipriano, *Tratado sobre la paciencia*.
- San Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*.
- Catecismo de la Iglesia Católica.
- Orígenes, Hom. 21 sobre San Lucas.
- Francisco Fernández Carvajal, *Antología de textos para hacer oración y para la predicación*, Editorial Palabra, 2003.
- Sto. Tomás de Aquino, *Summa Teológica*.
- Constitución Dogmática sobre la divina revelación (*Dei Verbum*), del Concilio Vaticano II.

NOTAS

¹ Aunque, como el título indica, la referencia al Evangelio de Mateo es esencial en el desarrollo de este análisis, el caso es que, en algunas ocasiones, no tendremos más remedio que hacer indicación de algunos párrafos de otros evangelios o de textos del Antiguo Testamento ya que, para dar consistencia a lo que el evangelista dejó escrito –él o quien fuera el autor o autores del Evangelio- el apoyo en otros textos da forma y construye mejor lo se quiere decir.

² Jorge Loring, jesuita, en su libro titulado “*Para Salvarse*” da a conocer, tras su amplia experiencia religiosa, el maravilloso de Dios y todas las implicaciones que este tiene. Se puede encontrar el citado texto en www.spiritusmedia.org.

³ Mt 5,17a

⁴ Mt 5,17b

⁵ Último párrafo del texto transcrito anteriormente.

⁶ Les imputa una conversión falsa, cuando les dice “*Dad, pues, frutos, de una sincera conversión*”; señal, evidente, de que no lo era.

⁷ Mt 3, 10

⁸ Mt 3, 11

⁹ Mt 3, 12

¹⁰ Mt 3, 12

¹¹ Ex 23, 20

¹² Se entiende que eran los que podía llevar a cabo el cumplimiento de todos los preceptos que los defensores de la Ley habían establecido a lo largo de los siglos para conseguir ese gran premio de la salvación eterna. Ese esfuerzo se debe referir a que el cumplir todos los rituales y ritos debería suponer un tremendo cansancio, sobre todo, espiritual.

¹³ Mt 11,30

¹⁴ Mt 10,35

¹⁵ Mt 10,23

¹⁶ Jn 15, 18

¹⁷ Mt 7, 24. El resto de la parábola es bien conocida. Haciendo uso de esa inteligencia que Dios infunde en todo hombre, el que actuó diligentemente no se verá afectado por la corriente de las aguas, que, de otra forma, de haber actuado sin esa cualidad, derrumbará su casa, el templo de su espíritu, su corazón.

¹⁸ Capítulo 17, versículo 3.

¹⁹ Jn 15, 10.

²⁰ Francisco Fernández Carvajal, en su meditación para el jueves de la 11ª semana del tiempo ordinario titulada “Oraciones vocales” (Libro publicado por la editorial Palabra) recoge una expresión de San Cipriano, en su *Tratado sobre el Padrenuestro*, en la que se clarifica la importancia de una interioridad limpia y sana de pecado. Así, se dice que Dios *no quiere un culto sólo externo, quiere nuestra intimidad*. La limpieza del corazón, de donde salen las malas obras, como dejó dicho Cristo, es el fundamento de una vida cristiana de verdadera cercanía con Dios, ya que la apariencia de una exterioridad que ofrezca “buena cara” no resulta de tan vital importancia como para que se olvide, por parte de quien ha de juzgar nuestra vida, el hecho de que es el corazón donde Dios dejó escrito su designio sobre nuestra existencia. Resulta evidente el hecho de que el texto aludido se refiere, fundamentalmente, a la oración como acto de plegaría. Sin embargo, el sentido extensivo de esa *intimidad* a la que se refiere nos vale para apuntalar esta idea de que la purificación ha de partir de “dentro” para extender, hacia fuera, la irradiación de ese amor del que nos podemos gloriar.

²¹ Con esto no queremos decir, ni achacar falta alguna a las tablas de la Ley, que los 10 mandamientos carezcan de importancia y que, por lo tanto, no haya que cumplirlos. Lo que damos a entender es que si el Antiguo Testamento prelude y anuncia la primera llegada de Cristo, es lógico que Éste, al hacer hombre a Dios mediando la Encarnación, viniera a hacer cumplir la Ley y, teniendo en cuenta el grado de incumplimiento al que se había llegado por parte de sus destinatarios, el Sermón de la Montaña tuviera ese sentido de “mejora”, de hacer lo posible para que la Palabra de Dios no se tergiversara. Las Bienaventuranzas perfeccionan, pero no disputan con el texto mosaico, ni tratan de anularlo. Quien diga lo contrario falta a la verdad, porque tanto unos como otras son manifestación de la voluntad de Dios, que nunca yerra.

²² Jutta Burggraf, doctora en Teología por la Universidad de Navarra, en su *Teología fundamental (manual de iniciación)* nos indica que las bienaventuranzas son un *mensaje de alegría sobre Dios*.

²³ Aunque toda esa riqueza material no pueda ser negativa, sí lo es la mala utilización de la misma, el ansia de conseguir, la falta de contemplación del hermano que te necesita. Este es el sentido que entendemos tiene esta expresión que no desprecia la riqueza por el hecho de serlo sino, más bien, por como se hace uso de ella.

²⁴ CIC 2544

²⁵ CIC 2710

²⁶ CIC 2833.

²⁷ Pierre Bonnard, *Evangelio según San Mateo*, Ediciones Cristiandad, segunda edición, 1983, página 92.

²⁸ S. Juan Crisóstomo. *Homilía sobre S. Mateo*, 33.

²⁹ Juan Pablo II. *Alocución*, 24, III, 1979.

³⁰ Se encuentra esa referencia, concretamente, en el último párrafo del análisis de la segunda bienaventuranza.

³¹ Rm 5, 3-4

³² Heb 10, 36

³³ La cita completa es como sigue: “*Porque tenéis necesidad de paciencia para que, cumpliendo la voluntad de Dios, alcancéis la promesa*”.

³⁴ Como diría, San Gregorio Magno, en su *Moralía*, 13.

³⁵ Dice San Cipriano, su *Tratado sobre la paciencia*, 30.

³⁶ Catecismo de la Iglesia Católica, número 1804.

³⁷ Juan Pablo II, *Alocución*, 6, IX, 1978

³⁸ San Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, 167

³⁹ Obra citada, 167

⁴⁰ Y precedente, como bien recuerda el nº 2100 del Catecismo de la Iglesia Católica, de Oseas 6,6.

⁴¹ Idem nota anterior.

⁴² Como muy bien viene recogido ese concepto, en numerosas ocasiones, en el libro de Los Proverbios.

⁴³ Ef. 1, 3-10: *Según la riqueza de su gracia derrochó en nosotros toda clase de sabiduría y prudencia, dándonos a conocer su secreto designio...Que el universo, lo celeste y lo terrestre, alcanzarán su unidad en Cristo*.

⁴⁴ Mt 15, 19.

⁴⁵ Ez. 36,26.

⁴⁶ ORIGENES, Hom. 21 sobre San Lucas.

⁴⁷ CIC, 2518.

⁴⁸ CIC, 2519.

⁴⁹ Lc 2, 14 refiere que *la paz es un patrimonio de los hombres de buena voluntad*, pues la voluntad, decimos nosotros, es producto de un proceder interior, de un acaecimiento que extraemos de nuestro corazón.

⁵⁰ Recogida por Francisco Fernández Carvajal en su obra *Antología de textos para hacer oración y para la predicación*, Editorial Palabra, 2003, pág. 722. Concretamente corresponde, esta cita, a *Cartas 1 c., t, 2,p. 321* de la supracitada Santa.

⁵¹ 1 Cor 14,33.

⁵² Sto. Tomás de Aquino la define como el *hábito según el cual uno, con constante y perpetua voluntad, da a cada cual su derecho*. Cita recogida por Francisco Fernández Carvajal, en obra citada y referida, en concreto a la *Summa Teológica 2-2, q. 58, a.1*.

⁵³ Institución divina, V. 15; PL 6, 596.

⁵⁴ *Meguil.lah, meguil.lot*: rollo, rollos: donde están los escritos sagrados, de donde se lee y aprende el texto de los mismos.